

Dolly

—Los informes de la policía afirman que este es el segundo de dos asesinatos aparentemente relacionados. Fuentes cercanas a la policía nos dicen que los detectives se refieren al asesino o a los asesinos como “Malditos Enfermos”. Parece ser la firma del asesino, encontrada escrita con lápiz labial rosa en las escenas. Ambas víctimas son hombres caucásicos en sus cincuenta. Otro asesinato, de una mujer mayor en Dallas, y el secuestro de un joven, también de Dallas, pueden también estar relacionados. En este momento no hay pistas sobre la identidad del asesino. La policía pide a los ciudadanos que estén atentos e informen inmediatamente cualquier actividad inusual en su área. Más después de esta pausa comercial. Chillé ante la televisión y salté de arriba abajo en el sofá.

—¡Conejo! —lo llamé. Conejo salió del baño. Tenía una toalla envuelta alrededor de su cintura, su piel todavía brillaba húmeda por la ducha. Mis ojos recorrieron su piel. Ahora la conocía, cómo se sentía y a qué sabía. Se acercó y se paró detrás del sofá, y su mano se abrió paso hasta mi nuca, manteniéndome en mi lugar. Desde que salimos de la casa del Gato de Cheshire, encontraba una manera de tocarme cada vez que podía. Y yo también encontraba una manera de tocarlo. Me acarició la nuca mientras la mujer en el televisor comenzaba a hablar de nuevo.

—Además del nombre del asesino, las fuentes nos dicen que unas cartas hechas a mano se han dejado con cada cuerpo. La primera víctima, en Dallas, fue la Reina de Corazones; la segunda, en Amarillo, el Tres de Corazones; y el último asesinato, el Cuatro de Corazones. Les informaremos más a medida que la historia se desarrolle.

—¿Ves, Conejo? —Miré a Conejo, cuyos ojos estaban pegados a la TV. Él asintió, pero no dijo nada. Solo siguió acariciándome la nuca. Conejo había llamado a la policía después de nuestro último asesinato. Quería que la policía del País de las Maravillas supiera que el Gato de Cheshire, nuestro Cuatro de Corazones, estaba muerto —¡Nos conocen, Conejo! —grité emocionado —¡Ellos saben nuestro nombre! —Conejo se enderezó, tomó el control remoto de mi mano y apagó el televisor. Hice un mohín —¡Estaba viendo eso!

—Necesitas ducharte —Conejo bajó la mirada a mi vestido, y su labio se curvó en disgusto. Todavía estaba con la ropa del asesinato del gatito. Todavía tenía su sangre en mi piel.

—Está bien —Salté, meneando mis caderas mientras caminaba. Sabía que mi Conejo estaría mirando. Lo escuché gruñir suavemente mientras entraba al baño. Me bañé rápidamente, la sangre bajando hacia el desagüe de la ducha, se mezcló con el maquillaje que había sobrevivido a la matanza y a ser tomado por Conejo. Cuando salí de la ducha, me envolví en una toalla y peiné mi espeso cabello. Mi piel estaba fresca y limpia. Me puse una grandísima camisa y salí del baño. Conejo estaba sentado en la cama, vistiendo un par de pantalones para dormir. Él sostenía mi cuchillo en su mano... y había cortes en todo su pecho, sangre goteando por su piel limpia, manchándola una vez más —Conejo —Me lancé hacia adelante. Él levantó la cabeza. Tenía la boca cerrada y los labios tensos. Él continuó

cortando su pecho mientras me miraba —Conejo... ¿qué estás haciendo? —pregunté mientras su sangre se derramaba sobre el lino blanco de la cama. Conejo no dijo nada. En cambio, tomó un bolígrafo de la mesa junto a la cama. Rompió la pluma en sus manos, y mientras la tinta se derramaba del interior, la extendió sobre sus cortes, frotando la tinta en sus heridas. Me abalancé hacia adelante y salté a la cama —¡Conejo! ¿Qué estás haciendo? —Mi corazón latía salvajemente por la preocupación. Conejo siseó cuando la tinta se hundió. Utilizando la toalla que había estado alrededor de su cintura, limpió la sangre y la tinta de su pecho tatuado. Cuando apartó la toalla, mi boca se abrió y jadeé —Conejo... —susurré —Malditos enfermos —Mi mano se extendió y se cernió sobre las palabras talladas en su pecho; palabras que, por una vez, reconocí fácilmente. Gotas de sangre brotaron de las letras. Sin pensarlo, pasé mis dedos por el líquido tibio. Conejo dejó de respirar mientras lo hacía. Sus pupilas se agrandaron mientras sus ojos siguieron mis dedos. Me congelé, con los dedos en el aire, mientras sus fosas nasales se dilataron y su respiración comenzó a acelerarse. Miré hacia abajo y lo vi endurecerse bajo su pantalón de dormir.

Le gustaba su sangre en mis dedos.

Manteniendo su atención, froté mis yemas, sintiendo su sangre empaparlas. Él gimió. Mientras mis dedos se frotaban, más sangre salió, deslizándose por el costado de mi mano y hacia mi muñeca. Me llevé la mano a la boca y lamí la gota que caía. Conejo siseó. Mis ojos volvieron de golpe a los suyos. El cuello de Conejo estaba tenso. Sus manos estaban apretadas en el edredón. Sin aliento, tomé otra gota y rodeé mis labios con esta. Su pecho subía y bajaba. Inclinandome hacia adelante, me quedé a solo unos centímetros de su rostro y me lamí los labios. Mis ojos se cerraron. Ahora tenía una parte de Conejo en mi boca. Estaba tomando su sangre, su fuerza de vida, en mi alma. Sentí un objeto afilado recorrer mi rostro y una mano envolverse alrededor de mi cuello. Sonriendo, mis ojos se abrieron. Conejo estaba frente a mí, su duro pecho manchado de sangre y tinta. Él inclinó su cabeza mientras sus ojos se fijaban en mi cuello... en mi pulso palpitante.

—Pequeño —dijo, con voz tan baja y grave que la sentí hasta los huesos. La punta de su dedal recorrió mi vena y trazó el frente de mi garganta. Mi pecho dolió mientras el frío metal tocaba mi piel —Tan fácil de abrir —susurró. Su lengua lamió el lóbulo de mi oreja —Puedo ver tus venas, pequeño Dolly. Puedo ver cuán azules son contra tu pálida piel. Puedo ver tu pulso palpitando, pulsando en tu cuello —Respiró el aroma de mi piel recién bañada —Está llamándome —Él sonrió contra mi cuello —Me está diciendo que te pruebe como me has probado.

—Sí —susurré y me arqueé contra su cuerpo. Sentí el calor de su piel tan pronto como entramos en contacto. Su dedal se clavó en el costado de mi garganta. Sus ojos se estrecharon mientras estudiaba mi piel.

—Me estás tentando, cariño —dijo arrastrando las palabras, mientras su nariz seguía suavemente el camino del dedal. Su lengua lamió mi piel. Gemí por la sensación de tenerlo tan cerca... queriendo mi sangre. Sangre que él quería probar —Siempre he querido tener tu sangre en mi boca, bajando por mi garganta —Presionó un suave beso en mi pulso. Me estremecí —Me mantuviste hipnotizado desde el primer momento en que te conocí. No por

ser omega, por tu sonrisa, ni por tus ojos, sino por tu garganta y tus venas, tu olor. Por tu pulso y la palidez de tu piel. Mi pequeño Dolly. Mi niño del País de las Maravillas.

—Conejo —dije roncamente, arqueando mi espalda mientras su otra mano se envolvía alrededor de mi garganta y comenzaba a apretar.

—Cuando aplico presión así, tus venas se abultan. Ruegan por ser abiertas —Apretó su agarre —Tu sangre me canta. Me implora que te tome como quiero. Cómo siempre he querido.

—Hazlo —insté, inclinando mi cabeza para ofrecerle mi cuello.

—Mmm —murmuró Conejo. Soltó mi cuello de su agarre y desabrochó los botones en la parte frontal de mi camisa. El aire húmedo en la habitación se pegó a mi piel. Me froté los labios mientras mi cuerpo era desnudado. Cuando la tela se abrió, me guió hasta la cama. Se balanceó sobre mí, sus piernas a horcajadas sobre mi cintura. Sus brazos estaban apoyados a ambos lados de mi cabeza. Mientras los ojos dorados de Conejo recorrían mi cuerpo, observé una pequeña gota de sangre salir de la “M” tallada en su pecho. Rodó hacia la parte inferior de su cuello. Levanté mi pecho y atrapé la gota en mi boca. Conejo gimió por encima de mí, y usando la mano en mi garganta, con fuerza me bajó de nuevo contra el colchón. Me fijé en su mirada, gimiendo cuando sus ojos pasaron de hambrientos a completamente salvajes.

—Pruébame —Empujé mis pezones erectos hasta frotarme contra su pecho —Pruébame... hazme completamente tuyo. Poséeme —Lo miré directamente a los ojos —Tu Dolly. Posee a tu Dolly —Sonreí —Conejo y Dolly... para siempre —Conejo gruñó. Arrastró la punta de su dedal cuidadosamente a lo largo de mi garganta, sobre la vena. Reprimí mi gemido cuando el frío metal cortó suavemente mi carne. Cálida sangre goteó por mi cuello. Miré a Conejo. Estaba mirando mi sangre como si fuera la delicia más sabrosa que alguna vez vio.

—Dolly —dijo con voz ronca y pasó su mano suavemente por mi cabello. Me miró a los ojos. Su mano se deslizó por mi mejilla, dejándome sin aliento. Quería darle mi sangre. La vida de Dolly. La necesidad más profunda de Conejo. Los ojos de Conejo se pusieron pesados. Entonces, cuando sentí caer una gota en mi hombro, Conejo se inclinó hacia adelante y pasó la punta de su lengua sobre las gotita escapando. Gemí ante la sensación de su lengua caliente mientras subía por mi hombro, sobre la parte inferior de mi cuello, finalmente cerniéndose sobre el pequeño corte que había hecho. Su lengua se movió de un lado a otro sobre mi vena. Mis piernas se movieron inquietas sobre la cama mientras su mano se envolvió alrededor de mi garganta y me sujetó. Mis ojos se abrieron, solo para chocar con los de Conejo, mirándome mientras se alimentaba de mi sangre. Observé mientras arqueaba mi cuerpo contra su pecho, mis pezones tocando la sangre de su tatuaje recién cortado. Gemí mientras chupó mi piel, gritando por la breve punzada de dolor que provocó. Mis manos recorrieron su cabello. Conejo gimió. Luego retrocedió, liberándome de sus labios. Fijé mi mirada en su boca. Sus labios estaban manchados de sangre, de un rojo brillante. Y él sonrió. Pasé mi dedo por su boca, y mi propia sangre se concentró sobre esta. Mantuve su atención cautiva mientras llevaba el

dedo a mis labios. El agarre de Conejo palpitó en mi garganta. Mi lengua salió y probé la sangre. Eso fue todo lo que se necesitó para hacer que Conejo estrellara su boca contra la mía y me besara con fuerza. Su lengua se sumergió en mi boca y grité por la sorpresa. Conejo me estaba besando, me estaba respondiendo el beso. Lo hacía en serio. Sentí su necesidad por mí a través de nuestras bocas unidas —Dolly —susurró contra mis labios. Su boca se movió a lo largo de mi mejilla, frotando mi sangre en mi piel con sus labios. Y me estaba besando. Moviéndose por mi cuello y sobre mi piel abierta, su dedal trazó mi pecho hasta mis pezones. Sentí un pellizco cuando empujó la punta en el izquierdo. Su mano se deslizó de mi garganta y apretó la carne, haciendo que una gota de sangre brotara en la punta. Conejo gruñó mientras envolvía sus labios alrededor de mí. Su lengua golpeó mi pezón mientras tomaba más de mi sangre. Se movió a mi otro pezón e hizo lo mismo. Se movió hacia mi torso e hizo un rastro de pinchazo tras pinchazo a lo largo de mi estómago y a lo largo de mis caderas. Su boca tomó de cada pequeño corte. Chupando. Lamiendo. Bebiéndome. Movié su cuerpo entre mis piernas y pasó la punta del dedal a lo largo de la carne de la cara interna de mi muslo. Mi aliento quedó atrapado en mi garganta cuando lo miré. Su labio inferior quedó atrapado entre sus dientes, su intensa mirada fija en mí. Gimoteé mientras sentía su cálido aliento rozar sobre mi pene —La sangre es el color del corazón —dijo, su voz ronca y cruda. Su dedal se movió cada vez más cerca de la cabeza hinchada de mi miembro. Miró el lento movimiento del dedal mientras trazaba líneas blancas a lo largo de la delicada piel, amenazando con romperla. Bajó la boca hasta la parte superior de mi muslo derecho, su mejilla rozando mi saco. Mordisqueó la carne con sus dientes, luego la soltó, lamiendo el punto sensible que había mordido —Rojo, el color de la sangre —Se movió hacia mí otro muslo y me mordió de nuevo, su lengua aliviando el dolor que sus dientes habían causado —Rojo significa parar. Rojo significa peligro —Me miró, con una sonrisa impresionante y siniestra en su rostro —Es el líquido que entrega y quita la vida —Conejo untó la sangre que había sacado y la frotó en mi pálida piel. Su respiración se detuvo cuando vio mi piel teñirse de rojo —Es el pacto que uno hace con el mismo diablo —Levantó la cabeza, con los ojos fijos en los míos —Un pacto que estás haciendo conmigo —El dedal de Conejo subió al norte. La punta afilada se balanceaba en un precipicio, obligándome a confiar en él. Lo hice. Siempre confiaría en mi Conejo —El diablo mentirá —Besó la cara interna de mi muslo —Hará trampa —Se acercó más a mi miembro, su boca se movió hacia arriba y hacia los lados hasta que su mejilla rozó el punto en la cabeza hinchada que me hizo desmoronarme —Y engañará —Se movió cada vez más cerca, y me removí sobre la cama, necesitando que me tomara. Necesitándolo para aliviarme de la presión construyéndose ante su toque. Sus ojos se suavizaron —Y matará, viajará kilómetros para llegar hasta quien sostiene su maldito corazón negro en la palma de su mano.

—Conejo —susurré mientras las lágrimas llenaban mis ojos.

—Mataría a cualquiera que lo lastimara, solo para hacerlo suya. Castigaría a cualquiera que se interpusiera en su camino —Sus ojos se encendieron con algo tan oscuro que pareció borrar la tenue luz de la lámpara —Él despertará, a través de la sangre, lo que yace latente en su alma. La oscuridad que había estado escondida durante años, esperando adormecida el momento de atacar. De nacer —Solté un gritito mientras perforaba la piel de mi muslo.

Miré hacia abajo y vi sangre entre mis piernas. Conejo sacó su lengua. En un largo movimiento, lamió mi pene desde abajo hacia arriba.

—¡Conejo! —grité cuándo su caricia envió una oleada de placer volando a través de mis huesos. Mis ojos se cerraron, solo para que Conejo ordenara:

—¡Ábrelos! —Mis ojos se abrieron de golpe. Se lamió los labios —Mira. Mírame mientras bebo de ti. Mientras te abres bajo mi toque, con tu sangre manchando mi boca —Permanecí en silencio, la necesidad y el incesante deseo se robaron mi voz. Los ojos de Conejo se oscurecieron —Respóndeme, pequeño Dolly. Responde al diablo que está tomando tu libertad con el pacto de la sangre.

—Sí, Conejo —Mi piel ardía, esperando que él me trajera a la luz que solo mi Conejo podía mostrarme. Con un gruñido salvaje, su cabeza bajó y tragó mi pene entero, se hundió entre el vello de mi pelvis y me lamió, chupó y succionó, tomando mi sangre en su boca, bajando por su garganta. Y grité. Grité y lloré mientras tomaba de mí. Agarré su cabello tan fuerte como pude. Gemí mientras su lengua se movía más rápido sobre la cabeza púrpura de mi miembro, mientras tomaba y tomaba de mí. Mi piel palpitó, la sangre debajo de mi piel se precipitó más rápido que la sangre que escapaba a través de los agujeros y cortes que Conejo había hecho —Tómala... —Sentí que mis mejillas ardían de calor, mientras los escalofríos que traían el placer se cerraban alrededor de cada centímetro de mi piel —Tómala —ordené. Conejo gruñó, su boca bajó ahora contra mi entrada, su lengua deslizándose cada vez más profundamente dentro de mí. Con cada cuchillazo de su afilado dedal en los pliegues de mi ano, mi placer se construyó y creció como una tormenta en un día abrasador, lista para azotar los cielos y traer el alivio del trueno, el rayo y la lluvia. Conejo movió su dedal a la cabeza de mi pene, el punto que me hizo pedazos. Empujó la punta tan levemente que apenas me tocó, pero fue suficiente para partir mi cuerpo en dos. Un grito estalló en mi corazón mientras jalaba su cabello tratando de separarlo de la sustancia pegajosa que expulsaba y mis ojos se cerraron. Conejo chupó y tiró de la nueva perforación, y sacudí la cabeza mientras el placer se apoderaba de mí. Venía y venía como una tormenta que barría tierras áridas. Él lamió y tragó hasta que no pude soportar más. Empujé su cabeza lejos. Luché por respirar mientras mi espalda golpeaba el colchón y el sudor goteaba de mi frente. Las gotas de sudor se mezclaron con las de sangre en mi estómago. Conejo se lanzó hacia delante, como en un ataque, y su boca aterrizó sobre las gotas rosa. Me quedé quieto, jadeando cuando sus ojos se encontraron con los míos y tragó saliva. Y no nos movimos. Nos quedamos así, congelados. La respiración de Conejo era desigual mientras me miraba, lleno del festín con mi sangre. Había dejado mi vida en sus manos. Le había cedido el poder sobre la vida o la muerte. Él exhaló un largo suspiro.

—Me diste tu sangre —Parpadeó, como si no pudiera creer que le hubiera dejado tenerme de esa manera. Mi mano temblaba mientras recorría su rostro. La yema de mi dedo acarició su tatuaje de espada, sacando un gemido de la boca de Conejo. Esperó, conteniendo la respiración, para que yo hablara. Cuando lo hice, dije:

—Ahora es mi turno —Los labios de Conejo se separaron, y sus ojos se ensancharon y luego se entrecerraron mientras mis palabras se hundían. Un suave rugido sonó en su

pecho, y se arrastró sobre mi cuerpo. Sus ojos nunca se separaron de los míos. Mi corazón se estrelló contra mi pecho. El rostro de Conejo se encontró con el mío, sus labios, mejillas y barbilla cubiertos de carmesí. Sus dientes estaban cubiertos de sangre. La cabeza de Conejo se inclinó de lado a lado mientras estudiaba mi rostro. Levanté mis dedos hacia su pecho y los pasé a lo largo de tatuaje en carne viva —Malditos enfermos —susurré, leyendo las palabras en voz alta. Palabras que podría leer. Palabras que había dibujado en rosa sobre la cabeza del Gato de Cheshire. Palabras ahora grabadas para siempre en la carne de Conejo. Mis dedos siguieron avanzando hacia el norte hasta que se detuvieron en el latido de su garganta. La yema de mi dedo tocó su pulso, al unísono con su ritmo. Los ojos de Conejo se oscurecieron.

—¿Qué vas a hacer, pequeño Dolly? —El Conejo Travieso me estaba provocando, y mi corazón palpitaba a ritmo con su tono. Estrechando mi mirada, extendí mi mano hacia la mesa auxiliar. Sin mirar, mi mano encontró el conocido mango de marfil. Las fosas nasales de Conejo se dilataron mientras traía mi daga para que se cerniera en el pequeño espacio entre nosotros. Coloqué la punta sobre su corazón. Una sonrisa se dibujó en mis labios mientras escuchaba su latido y cantaba:

—Tic tac... Tic tac... Tic tac... —Los ojos de Conejo se pusieron en blanco. Entonces moví la daga hacia arriba. Raspé su piel, la punta arrastrando acero frío sobre la carne cruda de su nuevo tatuaje. Los ojos de Conejo se abrieron de golpe y me dijo sin palabras que deseaba el dolor. Mi conejo amaba el dolor. Mi cuchillo se detuvo donde mi dedo aún flotaba sobre su pulso. El labio de Conejo se curvó mientras esperaba. Cuando con mucho cuidado hundí la punta del cuchillo en su piel, justo en su tatuaje del reloj, vi como su sangre bombeaba a la superficie y bajaba por su cuello. Estaba hipnotizado mientras se deslizaba sobre la tinta hasta que ya no pudo aferrarse a la piel de Conejo y cayó sobre mi pecho. Su miembro se puso más duro contra mi muslo. Sabiendo que estaba mirando, recogí la gota en mi dedo y me la llevé a la boca —Mmm —murmuré. Las mejillas de Conejo estaban enrojecidas y su respiración estaba fuera de control. Sus caderas comenzaron a empujar su miembro contra mi muslo en movimientos cortos y lentos. Usando mi mano libre para empujar mi torso de la cama, me levanté hasta que mi rostro estuvo a solo centímetros del de Conejo —Delicioso —Conejo envolvió su mano alrededor de mi nuca. Sosteniendo mi cabeza cautiva, y con la boca apretada y una mirada dura, ordenó:

—Bebe —Forzó mi cabeza hacia su cuello —Bebe de mí —Sonriendo, victorioso de obtener la respuesta que quería, inhalé su aroma, luego saqué la lengua y probé su sangre. Conejo gimió y acercó mi boca a su cuello. Dejé que él me controlara, fijando mis labios sobre el corte y succionando.

Me gustaba cuando me controlaba.

La sangre se derramó en mi lengua y goteó por mi garganta. El miembro de Conejo se frotó contra mi pierna, más y más rápido, mientras yo bebía y bebía. Entonces me detuve. Luché contra el agarre de Conejo e incliné mi cabeza hacia un lado. Sabía que a mi Conejo le gustaba cuando intentaba resistirme. En un abrir y cerrar de ojos, su boca caliente se había aferrado a la hendidura en mi garganta, y tomó de mí mientras yo tomaba de él. Dejé caer mi mano entre nosotros y debajo de la cintura de su pantalón. Sin apartarme, sujeté su miembro, Conejo gruñó ante mi toque mientras acariciaba su longitud. Gruñí y gemí

mientras tomábamos y tomábamos. En segundos, Conejo echó la cabeza hacia atrás y rugió su liberación. Se derramó en mi mano, y lo acaricié hasta que retiró sus caderas. Eché la cabeza hacia atrás para encontrar a Conejo observándome.

De repente, se levantó de la cama y sacó algo de su bolso. Cuando regresó, sostenía un frasco como el que tenía alrededor de mi cuello. Jadeé y agarré el frasco que nunca me quitaba. El que contenía la poción que me hacía pequeño. El que decía "Bébeme". Conejo se arrodilló en la cama y sacó el corcho del frasco. Sin hablar, acercó el frasco a mi cuello y lo llenó con mi sangre. Mi corazón se aceleró al pensar que él quería mi sangre cerca suyo en todo momento. Se apartó y me miró a los ojos. Levanté la cinta negra unida al frasco y la aseguré alrededor de su cuello.

—Conejo —susurré mientras estiraba la mano alrededor de mi cuello para desatar la cinta manteniendo mi frasco en su lugar. Él retiró el corcho y vertió el líquido azul en el suelo —¡Conejo! —dije frenéticamente. Entré en pánico, pero Conejo me agarró la mano y puso el frasco en ella.

—No necesitas eso ahora, pequeño Dolly. Mi sangre es todo lo que necesitarás —Tragué saliva y busqué su rostro.

—¿De verdad? —Asintió.

—Te hará alto si lo necesitas. También te hará pequeño si es eso lo que necesitas —Se inclinó hacia delante, con la boca en mi oreja —Y te dará fuerza cuando seas débil —Mis ojos se agrandaron. ¿Era mejor que la bebida azul? Aferré el frasco contra mi pecho, luego empujé el cristal hacia el corte que goteaba en su cuello. La emoción creció dentro de mí cuando la sangre llenó el frasco. Cuando terminé, Conejo me quitó la botella de vidrio, aseguró el corcho y ató la cinta alrededor de mi cuello. Alcé la mano y sentí la botella, estaba caliente.

Conejo tomó mi daga del colchón y, con un rápido movimiento, cortó con el cuchillo su palma. Hizo un puño y la sangre goteó hacia la ropa de cama —La mano —dijo. Inmediatamente, tendí la mía. Conejo me miró. Con un movimiento igualmente rápido, cortó mi palma. Siseé ante el agudo y punzante dolor. Conejo se inclinó y acarició mi mejilla con su mano ensangrentada. Su labio inclinado como si fuera a sonreír. Entonces agarró mi mano. Entrechocó nuestras palmas juntas y las levantó en alto. Mis ojos se fijaron en la vista, y sentí el calor de su sangre mezclándose con la mía. Conejo movió su cabeza más cerca y pasó su nariz por mi frente —Un pacto, firmado en sangre —dijo e inhaló el aroma a champú de menta de mi cabello recién lavado —Tu contrato conmigo... diciéndome que me perteneces ahora. Mi pequeño omega querido, tu sangre se fusionó con la mía. Tu sangre corre por la mía, por mis venas, trayéndome tu luz. —Su nariz corrió por mi mejilla, y sonrió victorioso —Y mi sangre ahora corre en la tuya. Mi oscuridad... mi alma ennegrecida contaminando la tuya, trayéndote a mi lado. Mi Omega... después de todos estos años, mío. Sucumbiendo a mi voluntad.

—Sí —dije soñadoramente, mientras me balanceaba, seducido por sus palabras, estando tan cerca, piel con piel, compartiendo nuestra sangre. Sonreí y miré a Conejo observándome —Siempre uno —Lo bajé sobre la cama, mirándolo, nuestras manos aún

unidas. Mis ojos vagaron por la sangre en mis manos, y mi estómago se desplomó de repente. Cerré los ojos cuando las imágenes comenzaron a asaltar mi mente. Negué cuando vi cosas que no quería ver...